

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CÉNTIMOS NÚMERO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

25 NÚMEROS, 2,50 PESETAS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN		FUNDADOR	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 pesetas. » trimestre..... 2,50 » » año..... 10 »	EDUARDO SOJO	EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas. » semestre..... 6 » » año..... 12 »

ADVERTENCIA

No somos capaces del estoicismo ante la catástrofe, lo declaramos sinceramente. La patria está de luto, y nos parece que en estos momentos supremos, toda manifestación que no sea de duelo ó de protesta es inoportuna. Por esta razón suprimimos en este número la sección de Lanzadas y los versos políticos.

¡MEA CULPA, MEA CULPA!

—¿Qué haces, Sancho, tan silencioso, con la cabeza abatida y arrodillado? ¿Te da ahora por la devoción?
—¿Parece á vuesa merced que no hay motivo para hacer penitencia, contristarse y compungirse con la mala pata que tenemos en el mar los españoles? Entiéndase que es en lo que toca á marinos de guerra, que á los marinos mercantes sólo hasta ahora hemos de celebrar. No debieran olvidarse los marinos de Gravina, Churruga y Méndez Núñez... No bien supe la terrible desdicha, cuando muy contrito y lloroso—esto de lloroso fué al principio, de la rabia que sentía y después de arrepentimiento...

—¿Arrepentimiento? ¿En qué eres tú culpable?
—Sólo, y ésto: vuesa merced.
—¿Del desastre de la escuadra?
—Del desastre este y del otro y de cuantos sobrevinieren.

—Pienso que estás loco.
—No estoy loco, señor.
—¿Cómo hemos de ser culpables nosotros? ¿Hemos entregado nosotros la escuadra? ¿Tenemos culpa de que los barcos carezcan de cañones y de municiones? De esto tendrán culpa los Gobiernos, y sobre todo los políticos.

—Mas nosotros... créame vuesa merced... «Cada pueblo tiene el Gobierno que se merece», dicen que dijo no sé qué político extranjero.

—¿Lord Chatán?
—Él mismo, dicen que lo dijo. Según afirman los sabios esos... *modernistas*; si bien he descubierto que estos son unos gansos, y padecen la monomanía de elogiar y de celebrar todo lo nuevo, y todo lo nuevo lo hacen bueno, y todo lo bueno dánlo por nuevo... y sepa vuesa merced que yo que ahora me puse á meditar y... á oír leer libros religiosos á un amigo mío, he averiguado que el dicho no es nuevo, sino que lo dijo en una de sus hermosas Emilias San Juan Crisóstomo.

—¡Homilias, Sancho! No digas Emilias, porque ello es un desatino, dar nombre disparatado á las cosas.

—Vuesa merced me entendió, y ello por ahora me basta. Pues mire vuesa merced lo que dice la homilia del Santo... advierta ¡que la han traducido fidelísimamente el original, sólo porque yo pueda repetirla á vuesa merced en nuestra lengua española. Vea, pues, vuesa merced idea y letra:

—Ya te digo, y con gran respeto, que ese Santo era muy de la devoción del gran historiador nuestro Don Miguel de Cervantes y Saavedra, y fué de sumo entendimiento y de mucha ciencia... y habrás de saber Sancho amigo, que se llevaba tras de sí los corazones cuan-

do predicaba, y hacíalo tan juiciosamente y con tan hermosa elocuencia—como muy favorecido é inspirado por el Espíritu Santo—que las gentes llamaron á Crisóstomo, y se le llama aún: «Pico de oro».

—Bueno; pues ahora verá vuesa merced lo que salió de tal «Pico de oro».

«Hablando muchas veces de los negocios de la república, solemos decir:

Esto no marcha bien; y la ansiedad y la solicitud se apoderan de nuestros corazones en tales términos, que andamos preocupados y como dominados por esa sola idea.

¿Dónde está la causa de esa marcha torcida de los negocios?

Dicen que en la negligencia de aquellos que ejercen los empleos. Pero no es esta... la causa principal, sino que lo es nuestra injusticia; por la injusticia hacemos lamentable confusión de todas las cosas; ella, ella es el arma que contra nosotros manejan nuestros enemigos; ella nos obliga á vergonzosas retiradas como si nos viésemos vencidos.

No busquemos en otra causa el origen de nuestros males, sino en la injusticia. Habrían de gobernarnos Abraham, Moisés mismo, David, el muy sabio Salomón ó el más entendido y justo de los hombres, y si nuestra conducta fuera mala... mal resultaría el Gobierno. Porque en cuanto se refiere á descubrir y reconocer el origen de los males del dicho sujeto ó conocimiento de gobierno, importa poco que sea tal ó cual príncipe el que reine; el origen, lo repetimos, está en nosotros.

¿Cómo sucede esto? ¿Cuál es, en fin, la prueba de la afirmación?

Porque si hay un mal hombre que infringe las leyes—estando encargado de dirigir, según ellas, el mando en la república—no proviene de nuestra negligencia... la negligencia es mal que proviene de otro. Así, pues, nuestras maldades son causa del efecto que lamentamos. (*Homilia I. San Juan Crisóstomo.*)

—Razón tenía ese Santo... Nuestra indiferencia, nuestro descuido... ¡No, no podrán los yanquis vencernos... seguirán corriendo arroyos de sangre, porque si existe una España de señores, los cuales siguen asistiendo con impaciente atención á cuanto ocurre, y aun deseando «la paz», venga como ella viniera... y estos tales son peste... otra España hay que ha jurado perecer antes que humillarse vergonzosamente; mas todos somos culpables, porque la codicia y avaricia de aque los, y la vergonzosa indiferencia y la censurable negligencia nuestra son causa de que sigan siendo dueños de la situación un buen viejo ignorante, como el Sr. Martínez Campos, un sin pena ni gloria como el llamado D. Práxedes... y un canasto de congrisos como los que se ven hoy embanastados en el ministerio.

¡Patria, patria mía! Tú que tan brillantes glorias recuerdas, tú que hasta en la hora presente puedes oponer, como honrosísimo contraste con la vileza y cobarde arteria de tus enemigos y la debilidad de ánimo y no muy escrupulosa dignidad de otros pueblos... tu noble aceptación del deber, tu firmeza en el sacrificio, el heroísmo maravilloso de tus soldados—¡de esos valientes é invencibles soldados!—y hasta la actividad y táctica de tus generales...

—¿De los generales, señor? Pienso que vuesa merced... se ciega...

—No, no me ciego... De los generales digo y repito... pues has de saber Sancho amigo, que ni en Thonkin, ni en Madagascar, ni en la India, ni en la Abisinia revelaron franceses, ingleses é italianos la buena disciplina, la actividad y la fuerza autoritaria de nuestros generales. Aun aquellos que más censurados han sido por nosotros... Nada digamos en lo referente á heroísmo, porque recordamos al inolvidable «Santocildes» y al «ilustre Cadarso» y con ellos á centenares que han alcanzado gloriosa muerte en esta horrible guerra.

Despierta, pues, patria mía, cesen los abogaduchos charlatanes; cesen los niños góticos, hijos y yernos de los políticos; cesen el favoritismo y la intriga; cesen los cacicotes miserables... cese la corrupción. ¡Librate tú misma, España adorada, de esta plaga! No permitas que sigan corrompiendo la cultura patria «los extranjerezados-caco-pedantones, los periodistas de industria, los negociantes envilecidos... ó los ricos españoles, á los que importa poco que seas vencida y ultrajada.

Impóngase ley á todos, y destrozados los manantiales de la cultura española, ilumínese el entendimiento de la juventud y enardézcanse los corazones... y no seamos indiferentes... seamos dignos, prudentes y enérgicos... ¡Y no tendremos mal gobierno!... ¡La nación habrá resucitado!

JUAN DEL PUEBLO

¡Levantemos el corazón!

Juan Pueblo, ese soldadito bisoño que pasó obscurecido entre las filas de aquel rebaño de muchachos que fuimos á despedir, emocionados ante la hecatombe que veíamos cernerse sobre el cielo de nuestra Patria, ha aparecido ya, tan grande, tan majestuoso, tan despreocupado como siempre...

Anduvo por los intrincados laberintos de la manigua cubana padeciendo hambre y sed... La fiebre le tendía sobre un camastro; el cansancio y la fatiga le hacían maldecir á todas horas buscando un enemigo á quien combatir; y cuando, aspeado y calenturiento, se rendía á la inacción, entonces oía el silbido de las balas traicioneras, los lamentos de sus camaradas, que caían sin combatir, las voces de mando que le llamaban á precaverse de la emboscada urdida... y cogía su fusil, marchaba jadeante al sitio del peligro... ¡Nada!

Ya habían desaparecido entre los maniguales como reptiles que escupen al sol y marchan á su madriguera, que está en la sombra... ó por allá, por aquella colina lejana, se agazapaban como zorros traicioneros.

¡Qué desesperación para aquel muchacho!... ¡Morir así, en la sombra, olvidado, sin ver la cara del enemigo, sin poder decir:—¡Viva España!—con la arrogante fiereza de los héroes, que enardece el coraje del vencido, y que hiela la sangre del vencedor!...

¡Oh, qué ansiado momento!

¡Ya están ahí los enemigos!... Son veinte contra uno, un cañón para un fusil, pero... no importa; están allí, se les ve la cara, frente á frente...

¡Quieto aquí en esta trinchera! Que no haya rancho, que no haya esperanza... ¡en no faltando la pólvora para matar y una poca de agua para beber, ya tiene bastante el soldadito español para morir con gloria!...

¡Ya verán!



Lit. de la Viuda de M. Bautista, Jesús del Valle, 22

Ayuntamiento de Madrid
¡Sálvese el que pueda!

Comienza el fuego... ¡Duro!

Aquí cae Juanillo echando espumarajos de sangre y de rabia... Allá Perico se retuerce en la agonía... El enemigo avanza, avanza imperturbable sembrando la muerte... ¡Fuego, fuego! El soldadito siempre allí, negro, sucio, desaharrado, con las manos ensangrentadas, pero firme, sereno, trágico, aguardando la muerte que no llega... ¡que hasta la muerte se asusta cuando se la desafia tan valientemente!

El enemigo fija su atención aterrorizado. Se asusta de aquel cuadro inconcebible...

Es el atleta moderno, el soldadito de la patria española, que guarda el momento trágico para caer delante de sus enemigos diciendo:—¡Viva España!

Así acaba de morir uno de aquellos soldaditos bisoños que fuimos a despedir emocionados.

—Bueno, ¿y qué?

—Sí, ya lo sé...

No pasa nada. Ese soldado, como el otro, y como el otro, no son otra cosa que unos cuantos números en la escala social.

Por eso no han de variar las estaciones, ni los elementos habrán de trastocar su curso: las aguas del mar seguirán tan saladas como las lágrimas, el aire seguirá azotando el glorioso pabellón, por el que murió el *po-bre-cillo ese*; la historia nos hablará de las hazañas famosas de los grandes campeones que murieron en cama regalada, y... nada: la continua sucesión de las cosas y los seres. La eterna ficción que tenemos hecha del mundo, creyendo todavía que es verdad lo que es mentira.

Allá, cuando transcurra un año, llegará a la pobre madre la noticia de que su hijo murió en Santiago de Cuba diciendo:—¡Viva España!

Y fervorosa y creyente, como madre española, irá a la iglesia a pedir... lo menos que una madre puede pedir por la muerte de un hijo en campaña: ¡una misa para descanso de su alma!

Y el señor cura le dirá:—¡Dos pesetas!

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

TRISTE JORNADA

Ayer el suicidio de la escuadra de Montojo; hoy el suicidio de la escuadra de Cervera... ¡Todo nuestro poderío naval perdido en unos cuantos días, en unas cuantas horas! ¡Qué horror y qué vergüenza!

Y mientras tanto la escuadra de Sampson navegando victoriosa por el mar de las Antillas, sin que sus buques hayan sufrido el más leve accidente, ni sus tripulantes la más ligera molestia.

Nos hemos suicidado en tonto, sin echar a pique un solo barco enemigo, sin dar muerte a un solo soldado yanqui. Insistimos... ¡qué vergüenza!

Nada más imbécil que el sacrificio estéril. España hubiera perdido con gusto sus barcos, si a cambio de ellos los Estados Unidos hubieran perdido los suyos.

Hablen los números con su elocuencia aterradora. Nos hemos quedado sin nuestros grandes acorazados *María Teresa*, *Oquendo*, *Cristóbal Colón* y *Vizcaya*, y sin los *destroyers Furor* y *Plutón*. Han perecido en la catástrofe 600 marinos españoles. Nos han hecho 1.600 prisioneros. Y en cambio nosotros hemos causado sólo tres bajas al ejército yanqui: un muerto y dos heridos.

No; por respeto a los muertos no abstenemos de comentar estas acusadoras cifras.

¡Morir, sí; esa es la guerra; pero ya que se muere, morir matando!

LO QUE NOS CUESTA LA DERROTA

	Pesetas.
El <i>Vizcaya</i>	18.000.000
El <i>María Teresa</i>	18.000.000
El <i>Oquendo</i>	18.000.000
El <i>Cristóbal Colón</i>	22.000.000
El <i>Plutón</i>	2.500.000
El <i>Furor</i>	2.500.000
Total.....	81.000.000
Añadiendo por artillería sólo.....	19.000.000
Suman.....	100.000.000

Es decir, 400 millones de reales de que Sampson ha dado cuenta en cuatro ó cinco horas.

LA FRASE DE SAMPSON

El almirante Sampson no ha tenido, desgraciadamente, que cumplir su promesa de suicidarse si la escuadra de Cervera escapaba victoriosa de Santiago de Cuba.

El jefe de la armada norteamericana ha logrado con

exceso sus propósitos, y he ahí deshecha toda la flota española, el *Vizcaya*, el *Oquendo*, el *Colón*, el *María Teresa*...

No; el almirante Sampson no tiene por qué atentar contra su vida. Ha vencido, y ha vencido con gloria. Confesémoslo lealmente. Ahora a ver si hay quien recoja su promesa de muerte, y venga a la patria de la derrota sufrida.

Porque ya que él no se ha suicidado, otros tendrán que suicidarse.

TARJETA PARA ADOLFO LUNA

En la Cárcel Modelo.

Allá al final de la tercera plana de no sé qué periódico, entre el reclamo de un específico «para el dolor de muelas», y la noticia de que *Lagaritjo* ha regresado a Córdoba, he leído, mi querido *Flirt*, la triste nueva de su prisión.

Cuatro líneas mal contadas. «Ayer ingresó en la Cárcel Modelo el distinguido redactor de *El Progreso* Don Adolfo Luna». Y ni una palabra de sentimiento por el «accidente».

Da tristeza ver la indiferencia con que acogen nuestras desgracias los compañeros de oficio; tristeza y vergüenza.

Yo me hallo en la situación especial de ánimo de aquel personaje de comedia que no sabía si alegrarse ó entristecerse cuando le comunicaron la noticia de la muerte de su suegra.

Creo que vivir sin libertad, no es vivir. Y usted se halla ahí, en la cárcel, encerrado, ¡y quién sabe para cuánto tiempo!; sin más mundo que el reducido espacio de su celda... ¡Muy triste, muy triste!

Pero creo también, amigo mío, que debe usted gozar el placer que proporciona el deber cumplido,—placer sano del espíritu, placer de las almas buenas—y que es usted digno de envidia y de admiración.

Los que pensando como usted piensa no hemos ido aún a la cárcel, debemos ser un poco cobardes.

Y he aquí por qué razones no sé si alegrarme ó entristecerme con su prisión.

MIGUEL SAWA.

RECONSTITUCIÓN NACIONAL

Acabar la guerra a toda costa, haciendo para ello los sacrificios necesarios, volver los ojos y el corazón a la patria y emplear todas las energías en reconstituirla después del desastre, como se reconstituyó Prusia después de Jena, Rusia después de Sebastopol, Austria después de Sadowa, y Francia después de Sedán, eso es lo que debe hoy procurar todo buen español.

¡Sí, terminada la guerra, con mayor ó menor quebranto, hay que proceder con toda decisión y energía a la reconstitución de la patria. Pero ¿cómo? Pues se invoca la historia; sea la historia la que lo enseñe.

Gran maestra fué la adversidad, en todas las ocasiones citadas, para pueblos y Gobiernos. Casi aniquilada después de Jena, Prusia se rehace bajo la administración del ilustre Stein; echando desde entonces los cimientos de su grandeza futura. Quebrantada en Sebastopol, Rusia ve abrirse ante ella nuevos horizontes, cuando a Nicolás I, aquella encarnación del despotismo a quien llamaban los alemanes padre de la reacción universal, sucede Alejandro II, el emancipador de los siervos. Derrotada en Sadowa, Austria ve rectificadas en la segunda mitad del reinado de Francisco José los rumbos reaccionarios de la primera. Vencida y humillada en Sedán, Francia se alza al punto de entre sus ruinas admirando al mundo por la rapidez de su breve convalecencia.

¿En cuál de estos sucesos deberá tomar España ejemplo y enseñanza? Para aplicar rectamente las lecciones de la historia, hay que comenzar por discernir entre los hechos, clasificándolos conforme a sus semejanzas y diferencias. Peleó Prusia en Jena por mantener su independencia contra el despotismo napoleónico. Guerreó Rusia en Sebastopol por satisfacer una ambición secular, convertida ante la conciencia nacional en algo así como providencial destino. Luchó Austria en Sadowa por defender contra Prusia su vieja hegemonía germánica. Fueron los hechos, fué la historia, no fueron los desastres, no fué la culpa, los que llevaron a esas naciones al desastre. Un designio común animaba a Gobiernos y pueblos. Pudieron y debieron éstos imputar su infortunio a la fatalidad, y no a los hombres. Nada aconsejaba, nada imponía a tales naciones un cambio de régimen.

El caso de Francia es distinto. Allí fueron otras las causas y otros los efectos. En Francia fué la voluntad, y no el destino la que determinó la catástrofe. El régimen imperial había enervado en Francia todas las energías nacionales... El régimen imperial precipitó a Francia en la guerra. El régimen imperial llevó a

Francia a la lucha sin necesidad y sin preparación y la condujo a la *débacle*. Intereses imperialistas ocasionaron las dos grandes vergüenzas de Metz y de Sedán. También Francia se rehizo después de su caída al igual de Prusia, Rusia y Austria. Pero de otro modo. ¿Cómo? Acabando con el imperio. La regeneración de Francia arranca del 4 de Septiembre de 1870.

No son horas las presentes de intransigencias políticas. No son horas de dar alientos a los intereses, a las pasiones de partido. Dejemos para días mejores la discusión de las respectivas excelencias de unas y otras instituciones. Vengamos a lo práctico. Un régimen es, en definitiva, lo que hacen ser los hombres de que dispone. ¿Se trata de reconstituir a España después de la catástrofe? Está bien; pero nosotros preguntamos: ¿quién vá a emprender esa tarea? ¿Cuál de entre los personajes legalmente posibles tiene la autoridad y reúne las cualidades que la obra requiere? ¿Cuál de entre nuestros dinásticos oficiará aquí de Huers ó de barón de Stein? ¿Sagasta? ¿Silvela? ¿Romero? ¿Martínez Campos? ¿Tetuán? ¿Gamazo? ¿Moret? ¿Canalejas? ¿Qué prestigios tienen esos hombres? ¿Qué confianza inspiran? ¿Qué esperanzas cabe fundar en ellos? ¿Qué garantías ofrecen de rectificación ó enmienda? Y si esos no, ¿qué otros hombres nuevos, irreprochables en su pasado, inocentes de las culpas que han ocasionado la ruina de la patria, capaces por sus talentos y virtudes de intentar y lograr la generación de España, se ofrecen dentro de lo existente a acometerla y consumirla?

Francia, Austria, Rusia y Prusia siguieron procesos diferentes para regenerarse después de sus desgracias; pero en todos ellos hubo una idea común: la de fiar sus destinos ulteriores a la dirección de hombres nuevos, inspirados en nuevas ideas, órganos de nuevas soluciones. Buscar un salvador entre los mismos que le condujeron al abismo, eso sólo puede hacer un pueblo que quiera morir. Semejante suicidio colectivo será en la historia un hecho nuevo y nunca visto.

ALFREDO CALDERÓN.

LA LIMOSNA

(TRADUCCIÓN DEL RUSO)

Cerca de una gran ciudad, caminaba por una carretera de primer orden un hombre viejo y enfermo.

Tambaleábase al andar. Sus flacas piernas se posaban en el suelo, pesadas y débiles, agarrándose a él, a rastras como si no fueran suyas. Colgábanle hechos jirones los vestidos; la descubierta cabeza le caía sobre el pecho. Estaba exhausto de fuerzas.

Se sentó en una piedra, al borde del camino, se inclinó adelante, se puso de codos en las rodillas, cubrióse el rostro con ambas manos, y a través de sus dedos deformes caían gota a gota las lágrimas sobre el polvo reseco y gris.

Recordaba...

Acordábase de cómo también él había estado lleno de salud y riquezas, y cómo derrochara su salud y diera sus riquezas a otros, amigos ó enemigos. Y ahora no tiene un pedazo de pan, y todos le han abandonado, los amigos aún más pronto que los enemigos. ¿Tendrá que verse precisado a descender hasta pedir limosna? Y su corazón rebosaba amargura y vergüenza.

Y sus lágrimas caían, caían sin cesar, formando manchitas en el polvo gris.

Oyó de pronto que le llamaban por su nombre, alzó la fatigada cabeza, y vió delante de sí a un desconocido.

Faz tranquila y grave, pero no severa. Ojos claros, pero no luminosos. Mirar penetrante, pero no duro.

—Has dado todas tus riquezas—dijo con voz igual y tranquila.—Pero, ¿no te pesa haber hecho bien?

—No me pesa—respondió suspirando el viejo;—sólo que ahora desfallezco.

—Si entonces no hubiese habido mendigos que te tendieran la mano—continuó el desconocido—¿cómo habrías podido probar y ejercitar tu virtud?

El viejo no contestó y se puso meditabundo.

—Pues bien—continuó el desconocido:—no te hagas ahora el orgulloso, pobre hombre; anda, alarga la mano; procura también a otras buenas gentes ocasión de probar asimismo que son caritativas.

Enderezóse el viejo y levantó la vista. Pero el incógnito había desaparecido ya; y, a lo lejos, apareció en el camino un viandante.

Se acercó el viejo a él y alargó la mano. El viandante volvió a otro lado la cabeza, con aire desleñoso.

Pero detrás venía otro caminante, y éste dió una limosnita al viejo.

Y el viejo compró pan con las monedillas que le habían dado, y el zoquete que mendigó parecióle dulce, y ya no sentía vergüenza dentro de su corazón; antes, por el contrario, un contentamiento apacible descendió a su alma.

I. TURGUENFF.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.